

PLANETA.

VERDE

HUIDA A CANADÁ

BARBARA SMUCKER



PLANETA

VERDE

HUIDA A CANADÁ

BARBARA SMUCKER

ILUSTRACIONES DE JESÚS GABÁN

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: Jesús Gabán

Ilustración de cubierta: Jesús Gabán

Título original: *Underground to Canada*

© el texto: Clarke, Irwin & Company Limited, 1977.

© de las ilustraciones: Jesús Gabán

© de la traducción: Pilar Molina

© Editorial Noguer, S.A.

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3120-8

ISBN 10: 958-42-3120-0

Décimo primera impresión: julio de 2024

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

BARBARA SMUCKER (biografía)

Barbara Smucker (Kansas, 1915) ha ejercido de bibliotecaria, trabajo que le ha permitido transmitir su amor por la literatura infantil y juvenil a muchos lectores. Como escritora, casi todas sus narraciones se inspiran en acontecimientos históricos y se centran en la lucha de las minorías. Ese compromiso le valió, en 1988, el premio Vicky Metcalf por su obra.

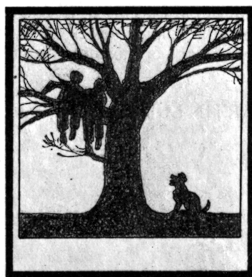
Huida a Canadá es un claro ejemplo de su literatura: la historia de un grupo de esclavos que escapa habla de tolerancia y valores humanos.

ÍNDICE

Capítulo 1	11
Capítulo 2	21
Capítulo 3	27
Capítulo 4	33
Capítulo 5	39
Capítulo 6	45
Capítulo 7	53
Capítulo 8	61
Capítulo 9	67
Capítulo 10	75
Capítulo 11	87
Capítulo 12	97
Capítulo 13	105
Capítulo 14	117

Capítulo 15	129
Capítulo 16	137
Capítulo 17	145
Capítulo 18	155
Capítulo 19	161

PRÓLOGO



Es para mí un privilegio personal dirigirme al pueblo canadiense. Por encima de cualquier parentesco existente entre los ciudadanos de Estados Unidos y los de Canadá, como norteamericanos, hay una relación histórica especial, entre los negros americanos y los canadienses.

Canadá no es para los negros simplemente un país vecino. En lo más profundo de nuestra historia por la conquista de la libertad, Canadá era la estrella polar. El esclavo negro, privado de educación, deshumanizado, prisionero en crueles plantaciones, sabía que lejos, en el norte, había una tierra en la que el esclavo fugitivo, si podía sobrevivir a los horrores de la huida,

podía encontrar la libertad. El legendario Ferrocarril Subterráneo empezaba en el sur y terminaba en Canadá. El camino de la libertad nos unía. Nuestros cánticos espirituales, tan admirados ahora en todo el mundo, eran a menudo códigos. Cantábamos sobre el cielo que nos esperaba, y los propietarios de esclavos nos escuchaban inocentemente, sin darse cuenta de que nos referíamos al más allá. El cielo era la palabra que designaba a Canadá, y el negro cantaba sobre la esperanza de que el Ferrocarril Subterráneo le llevaría hasta allí. Uno de nuestros espirituales, *Follow the Drinking Gourd*, contenía, disimuladas en la letra, las instrucciones para la huida. El cuenco era la Osa Mayor, y la Estrella Polar, que les dirigía, dibujaba un mapa celeste que señalaba el trayecto hasta la frontera de Canadá.

MARTIN LUTHER KING, Jr.



La música llenaba por completo el alojamiento de los esclavos en la plantación de Jeb Hensen en Virginia. No se podían oír las palabras y solo ellos eran capaces de sentir las variaciones de la melodía.

Julilly canturreaba sentada a la puerta de su cabaña, esperando que volviera Mamá Sally del fogón de la cocina de la Casa Grande. Era serena y negra como la noche.

La letra de la canción golpeaba su cabeza.

Cuando Israel estaba en tierra egipcia dejad marchar a mi pueblo tanta opresión no podían resistir dejad marchar a mi pueblo.

Al viejo Massa Hensen no le gustaba aquella canción. Decía que le recordaba los tiempos en que los rumores y la angustia lo llenaban todo. Y había rumores aquella noche, se deslizaban de oreja a oreja silenciosos como el brillo de las luciérnagas.

Aunque era junio y el calor variable del verano recién estrenado llenaba el aire con fragancia de madre selva, Julilly temblaba. Estiró su burda camisa de estopa para cubrir sus rodillas, pero había crecido y hacía tiempo que le quedaba demasiado corta. Y no era que Massa Hensen no le diera ropa. Él era bueno para sus esclavos. Lo que ocurría era que, a sus doce años, Julilly crecía más de prisa que las otras chicas de la plantación.

—Tiene altura suficiente para trabajar como una mujer en los campos de algodón —decía Massa Hensen.

—Mi June Lilly es todavía una niña, aunque haya crecido muy de prisa —protestaba Mamá Sally—. Una mujer tiene que trabajar muchas horas para recoger el algodón.

Julilly se llamaba June por haber nacido en junio y Lilly porque a Mamá Sally le gustaban mucho los lirios. Casi todos juntaban los dos nombres y la llamaban Julilly. Pero Mamá Sally no lo hacía nunca.

Julilly entró en la cabaña donde vivía con Mamá Sally. Un tronco de pino ardía en la chimenea del rincón. Sus llamas azules no parecían dar calor. Dentro solo había soledad y vacío. Cuando Mamá Sally

volviera todo sería distinto, notaría el calor del fuego y las sombras invitarían al sueño.

Era una cabaña pequeña, de tejado impermeable y suelo de madera, igual que todas las cabañas de esclavos de Massa Hensen.

—Es la mejor cabaña de Virginia —decía Mamá Sally.

Pero también le gustaba la Casa Grande, fresca y espaciosa, donde las paredes eran suaves y el suelo limpio y reluciente.

Los rumores que llenaban el aire nocturno habían empezado aquella mañana, cuando el viejo John, el cochero, llevó a Missy Hensen hasta la ciudad. Julilly y los demás esclavos se enteraron más tarde de lo sucedido.

Missy Hensen, con aire nervioso e inquieto, estaba sentada en el asiento del coche y hablaba con el viejo John de trasladarse al norte a vender cosas. Decía que su marido, Jeb Hensen, era viejo y estaba enfermo y tenía que ir a un hospital en Richmond. Y no tenía parientes a quienes dejar las cosas.

—La tierra está agotada, viejo John —se lamentaba—. Ya no le queda vida para producir tabaco, ni algodón, ni ninguna otra cosecha.

El viejo John asintió. Sabía que los amos de Virginia habían utilizado la tierra hasta hacerla sangrar y morir. Ya no quedaban cosechas que vender y por

eso empezaban a criar y vender esclavos. Había tierras fértiles en el lejano sur. Allí los amos necesitaban esclavos que trabajaran sus campos.

Cuando Missy Hensen y el viejo John llegaron a la ciudad, había mucha excitación frente al juzgado. Missy Hensen fingió no verlo. El viejo John, que no sabía leer, oyó cómo los blancos hablaban de unos carteles pegados en la puerta del juzgado que decían: **MAÑANA PAGAREMOS LOS MEJORES PRECIOS POR BRACEROS DE PRIMERA CLASE.**

Al viejo John le temblaron las manos sobre las riendas del caballo. Un comerciante de esclavos llegaba desde el lejano sur a su ciudad para comprar y Jeb Hensen hacía planes para marcharse.

Pronto, todos los esclavos de la plantación de Hensen supieron lo del comerciante que llegaba a Virginia. Aquellas noticias se extendían como una llama a través del viento de una plantación a otra. Se oían toda clase de rumores. Algunos decían que el comprador alineaba a los esclavos, uno junto a otro, como vacas o cerdos, y que le daba igual vender una madre a un comprador y sus hijos a otro.

Decía la gente que, en el lejano sur, incluso los niños más pequeños cargaban herramientas más grandes que ellos para cortar el algodón, y decían que les azotaban si no hacían el trabajo como el capataz había ordenado.

Massa Hensen no daba muchos latigazos en su plantación.

—Demasiado blando —decían los demás propietarios de esclavos.

Aquella tarde, cuando el viejo John volvió de su viaje a la ciudad, se acercó cojeando a los chicos del establo.

—Mañana viene un comerciante de esclavos del lejano sur. —Su voz temblaba.

Los chicos del establo corrieron como sapos hasta los niños que llevaban el agua a los trabajadores de los algodones.

—Va a venir un comerciante de esclavos del lejano sur —decían muy bajo.

Y el mensaje se extendió arriba y abajo de las hileras de algodón, veloz como el vuelo de un pájaro.

Julilly escuchaba mientras cortaba algodón bajo el sol ardiente. Cuando llegó la hora de comer corrió hacia la Casa Grande para decírselo a Mamá Sally. Por un instante, la mujer irguió su cuerpo delgado y levantó la cabeza con orgullo.

—Oh, Señor —dijo—, ahora necesitamos tu protección.

Luego, Mamá Sally apretó los labios y se quedó en silencio. Los temores que habían revoloteado por la cabeza de Julilly como las alas de un mirlo se alejaron. Mamá Sally la cuidaría. Era su única hija.

Pero ahora que era de noche, Julilly estaba acurrucada, temblando, cerca de la puerta de la cabaña. El suelo de madera era caliente y seco. El ave chotacabras cantaba su canción vespertina, y la luna, redonda y anaranjada, lo llenaba todo con luz suave. Pero ella tenía los pies fríos y las manos congeladas. Una extraña sensación flotaba en el ambiente, como la calma inquietante que precede a la tempestad.

Entonces llegó Mamá Sally. Sus pies descalzos no hacían ningún ruido sobre el polvo. Se acercó a Julilly y le cogió las manos, luego la abrazó y se inclinó hacia la pequeña llama azul. La luz tiñó de añil su cara serena.

—June Lilly, hija —dijo en voz baja, meciéndola lentamente—. Ya sabes que un comerciante de esclavos está en la ciudad. Algún esclavo será vendido.

—¿Quién mamá? —Julilly volvió a tener frío y temblaba.

—Nadie puede saberlo —contestó Mamá Sally, moviendo la cabeza—. Massa Hensen está enfermo y se marcha, y Missy Hensen dice que no puede ternernos a todos. La mayoría de nosotros hemos vivido siempre aquí.

Mamá Sally tocó el suelo con la mano.

—Tú naciste aquí, June Lilly.

Julilly ya lo sabía. Sabía también que su padre murió al morderle una serpiente, el día en que ella nació.

Mamá Sally se puso de pie, levantó la cabeza y la redecilla blanca que le sujetaba el pelo canoso se



volvió dorada por el resplandor del fuego. Se irguió hasta casi tocar el techo de la cabaña. Apretó los labios y clavó los ojos en los de su hija.

—Tenemos que rezar mucho, June Lilly. Y si el buen Señor no puede ayudarnos ahora, tenemos que creer que pronto lo hará.

—Sí, mamá. —Julilly se sentía orgullosa de aquella mujer alta y hermosa.

—Hay tres cosas que quiero decirte, hija. —Mamá Sally volvió a abrazarla—. Reza siempre al buen Dios,

y siéntete orgullosa cuando recuerdes que has tenido un padre fuerte y valiente y una madre que te quiere.

Mamá Sally acercó los labios al oído de su hija.

—Esto que voy a decirte es un secreto. Los esclavos han estado hablando de un lugar que se llama Canadá... La ley no permite allí la esclavitud. Dicen que hay que viajar hacia el norte siguiendo la estrella polar. Cuando pisas aquella tierra, ya eres libre.

Se oyó el crujido de unos pasos cerca de la cabaña y Mamá Sally, apartando suavemente a Julilly, dijo con voz alta y tono irritado.

—Ahora, June Lilly, te vas a echar en la manta del rincón y te vas a dormir en seguida. Antes de que te des cuenta, el reloj hará sonar la campana de la mañana para anunciarnos un nuevo día de trabajo.

La conversación, cuando se pensaba que alguien podía escuchar desde fuera, era siempre distinta en la manera de dirigirse a las personas con las que se hablaba dentro. Julilly ya lo sabía y sonrió. Se tumbó en el suelo junto al fuego y se envolvió en una manta.

«Canadá».

El nombre le daba vueltas en la cabeza una y otra vez. El traficante de esclavos parecía ser un gran problema. Pero nunca había habido problemas en la plantación de Hensen. A ella y a Mamá Sally no las venderían.

Julilly bostezó y tarareó en silencio una canción. La letra le hizo sonreír y olvidar aquel día tan inquieto.

Massa duerme en su lecho de plumas, el negro duerme en el suelo: cuando vayamos al cielo no habrá nunca más esclavos.